
Danubio Torres Fierro

SOBRE LOS FANATISMOS

ENTREVISTA A MARIO VARGAS LLOSA

Dentro de la producción de Mario Vargas Llosa, *La guerra del fin del mundo* es una vuelta a los orígenes y una culminación. En efecto, después de algunos títulos (*Pantaleón y las visitadoras*, *La tía Julia y el escribidor*) en los que el autor —tan serio, tan responsable— de *La ciudad y los perros*, *La casa Verde* y *Conversación en la Catedral* quería alivianar su paso, hacerse más aéreo y hasta soltarse el pelo, aquí hay un regreso al tono y a la andadura primeros. También hay más: en esta ocasión, Vargas Llosa retoma una de sus pasiones mayores: la novela épica, histórica y de aventuras, la exhuberancia del fabulador vocacional —rasgos que ha estudiado amorosamente en, por ejemplo, la “Carta de batalla por *Tirant lo Blanc*” que sirve de prólogo a la novela de Joanot Martorell en la edición de Alianza. Pero Vargas Llosa es, además y sobre todo, un hombre profundamente marcado por las teorías sartrianas primero y por las camusianas después, y unas y otras lo han conducido —por caminos que a veces admiten la convergencia, pero que con más frecuencia habilitan la divergencia— a sostener un enfoque de raíz humanística y moral que siempre está en búsqueda de la razón y la lucidez para juzgar la coyuntura política y sus implicaciones ideológicas. Ese costado asoma también en *La guerra del fin del mundo*: en buena medida, el libro cuenta la historia de dos fanatismos encontrados. Así, y en la conversación que aquí se publica, Vargas Llosa habla sobre estos y otros temas.

—Ya que estás en México para la presentación de *La guerra del fin del mundo*, comencemos hablando de esa novela. En ella hay un rasgo que salta a la vista en primera instancia: el fanatismo ideológico, político y religioso que profesan cada uno de los bandos que contienen en Canudos. Se trata, sin duda, de mundos paralelos, que no llegan a tocarse jamás y que justamente por eso desembocan en la catástrofe final. ¿Por qué elegiste un asunto con esas características?

—Ese es el tema central de la novela: los fanatismos paralelos. Creo que lo notable de Canudos, y no ya de la novela sino del hecho histórico propiamente dicho, es que ese problema asoma con una nitidez como probablemente en pocos acontecimientos de la historia latinoamericana. Y, además, pienso que no sólo es un problema instructivo sobre el pasado sino también sobre el presente de nuestros países. Porque allí aparece un rasgo, como tú señalas, que nos es muy conocido: de qué manera la visión fanática de las cosas, llevada a su último extremo, conduce a la matanza, a una clase de violencia ciega que implica la eliminación física del adversario. Quizá fue eso lo que me sedujo tanto de la historia de Canudos y lo que en definitiva me impulsó a escribir una novela

sobre ese material. Tengo que confesarlo: cuando leí *Os Ser-toes*, donde se encuentra la primera noticia que tuve de Canudos y de Antonio Consejero, lo que más me impresionó fue ver cómo semejante catástrofe había resultado única y exclusivamente de la incapacidad de los adversarios para entender a quienes tenían enfrente. Es decir: para apreciar, y medir, qué mentalidad tenía el enemigo, cuáles eran sus ambiciones y cuál su visión de la realidad. En la novela de da Cunha, o quizás en otro documento, hay una observación que para mí es muy gráfica del malentendido nacional que desemboca en Canudos: las fuerzas republicanas atacan a los yagunzos al grito de “¡Muera Inglaterra!” y éstos a aquéllos al grito de “¡Muera el Anticristo!”. Son divisas fantásticas porque demuestran hasta qué punto cada combatiente lucha contra un fantasma, es decir, contra algo que ha sido creado a partir de prejuicios, miedos, temores, ambiciones políticas. Y eso, justamente, es lo que me pareció apasionante, terrible y justo. Aquí hay que añadir que leí a da Cunha, y descubrí esa historia, en un momento de mi vida en el que había llegado a una gran desilusión ideológica —y algo más: a una enorme desconfianza hacia cualquier clase de explicación puramente ideológica de los problemas sociales, políticos o individuales. No es de extrañar, entonces, que me conmoviera tanto el episodio de Canudos porque otro de sus aspectos destacados, y por cierto también de los más instructivos, es ver cómo allí se revela la insuficiencia de la ideología para dar cuenta de manera cabal de un problema sociopolítico. Por ejemplo: la visión puramente intelectual y esquemática que tienen los republicanos, o que tienen los distintos grupos republicanos, jamás alcanza a explicar realmente lo que es Antonio Consejero, lo que son los rebeldes, las razones por las que luchan —y viceversa: ni Consejero ni sus allegados entienden qué es la república. Digamos de paso que en el caso de estos últimos es menos sorprendente la actitud porque, dentro de la cultura que los formó, la república tenía que ser para ellos algo exótico y hasta esotérico.

—Es comprensible, por cuanto dices, que el material te haya deslumbrado. Pero sospecho que a eso ayudó otra razón: el costado épico del asunto. ¿Es así?

—Tienes razón. El que ese mundo fuera un mundo de aventuras fue decisivo para que resolviera escribir esta novela. Porque, además de ser un universo instructivo ideológicamente, y políticamente, es también y sobre todo un universo que yo busqué desde que comencé a escribir ya que siempre tuve la tentación de hacer una novela de aventuras, similar a una obra del medioevo o del siglo XIX, de destinos sobresalientes y fuera de lo ordinario. Describir, además, una reali-

dad donde todo pareciera posible, donde nada estuviera hecho, donde las cosas estuvieran en formación y donde, por añadidura, los grandes proyectos, las grandes ilusiones y ambiciones realmente tuvieran carta de ciudadanía. Esa suma de proyectos encontró perfecta cabida en el asunto de Canudos, en la época en que ocurre esa guerra y hasta en ese escenario particular que es el interior de Bahía. Así, a esta altura temiendo a pensar que Canudos fue un pretexto que me sirvió para incorporar a esta novela una serie de temas, asuntos y personajes que me venían dando vueltas en la cabeza, algunos de manera muy clara y otras en forma confusa. Entre los personajes está, por ejemplo, el de Galileo Gall, que se me ocurrió después de haber leído en una historia del anarquismo español sobre una falange seducida por las ideas de la frenología, cosa que me resultó disparatada y a la vez estimulante. Y, en ese universo que describe la novela, Galileo Gall encaja con comodidad porque entre las aberraciones de Canudos las hay también científicas (como ésa de cortar la cabeza de Antonio Consejero para que los médicos determinen si era o no el malvado absoluto, según las teorías de Lombroso). También está el tema, como tú apuntas, de las novelas de caballería —un tema que me exaltó desde mis épocas de estudiante. Pues bien: en el interior de Bahía esa tradición caballerescas se ha mantenido viva hasta nuestros días: allí todavía se cantan romances medievales portugueses (los de Roberto el Diablo, los de la princesa Magalona, los de los Doce Pares de Francia). Yo mismo los he oído cantar mezclados —es claro— con cuestiones actuales y regionales. Confieso que descubrir esas características me sirvió de incentivo: fue como ver encarnadas mis primeras lecturas, lo que fue mi aprendizaje de la novela. De ahí que, a medida que el libro avanzaba, fuera enriqueciéndose y hasta desbordando el proyecto inicial.

—Hay algo que llama la atención en la novela: a pesar de unos temas, asuntos y personajes que tocan una fibra profunda americanista, lo que para muchos equivaldría a rozar el barroquismo, tú creas una estructura si no simple al menos muy clara, y hasta empleas un lenguaje muy transparente. ¿Por qué?

—Al principio, cuando empecé a trabajar en este material, tuve una idea más circunscripta y más parcial de mi proyecto. Se trataba de escribir una historia que coincidiera con la tercera expedición militar contra los yagunzos, la de Moreira Cesar, y que debía durar lo que dura la expedición. Pero más tarde, cuando me puse a escribir, me di cuenta de que limitarla a ese episodio concreto era desperdiciar un material riquísimo y, además, que si quería mostrar la complejidad de la historia, de Canudos había que retroceder hacia los inicios de la prédica de Antonio Consejero e ir, después, hacia la hecatombe final. Entonces, y naturalmente, la novela creció. Y fue al decidir que la narración tenía que ser muy amplia, y que debía abarcar el entero episodio real, cuando advertí que se trataba ya de por sí de una historia muy complicada, y muy abundante en personajes y episodios, y que lo mejor era entonces lograr un estilo muy objetivo, funcional, transparente, y también una estructura si no simple sí lo suficientemente clara para que el conjunto no se volviera laberíntico y farragoso. Por otro lado, y deliberadamente, yo quería que en la estructura y en la lengua hubiera algo así como una reminiscencia histórica, es decir: que también desde el punto de vista formal la novela remitiera al lector a la época en que ocurre la acción.

—Antes dijiste que tu conocimiento de este tema te ocurrió en un momento muy especial de tu vida, cuando habías llegado a una desilusión ideológica y hasta política, y que en ese entonces hubo un cambio en ti: entendiste que la explicación ideológica del mundo nunca es suficiente. De ahí pasaste, según esta novela, a interesarte por la escatología, por la religión y la fe. ¿Cuál fue ese proceso?

—Tocas un tema interesante: el de la religión. Tú sabes que nunca tuve preocupaciones religiosas, y hasta diría que, a diferencia de lo que ocurre con la mayor parte de la gente, la religión dejó de interesarme cuando era muy joven —y eso a pesar de haber sido educado en colegios religiosos. Creo que en fecha temprana tuve una pérdida de la fe. Ni siquiera cuando me convertí en adulto, y en escritor, tuve interés por los asuntos religiosos desde el punto de vista, digamos intelectual. Pero eso cambió cuando empecé a trabajar en *La guerra del fin del mundo*, hace alrededor de ocho años. En efecto, cuando comencé a leer la documentación que existe sobre Canudos, y sobre el personaje de Antonio Consejero, descubrí el arraigo del tema religioso en toda la historia del nordeste brasileño. Eso me llevó a leer en abundancia sobre cuestiones religiosas; primero fueron lecturas sobre el mesianismo y los movimientos mesiánicos y después los místicos, y entre ellos Thomas Merton. Poco a poco, entonces, el costado religioso se irguió en uno de los componentes esenciales del paisaje en el que quería insertarme. Y, así como comprobé que las explicaciones ideológicas son insuficientes, comprobé también que la religión es algo mucho más complejo que un simple ritual, más profundo que la vida institucional de una Iglesia, y que realmente toca un centro vital del hombre. Insisto: todo esto fue un descubrimiento tardío por mi parte y me cuajó por primera vez en este libro. Porque, como tú lo dices, si la novela tiene una trastienda, o una escenografía de fondo, ellas están constituidas por la religión, por el problema de la fe, por las fronteras difíciles y vagas entre la fe y el fanatismo.

—Hablaste de la insuficiencia de la ideología para explicar los problemas sociales y políticos, del fanatismo que impide entender los adversarios, y mientras lo hacías yo recordaba que alguna vez adheriste a las teorías sartrianas y que luego te acercaste a las de Camus...

—Así es, y no renuncié a esa evolución.

—Acabas de publicar un libro de ensayos que en su propio título alude a Sartre y Camus.

—Es un libro donde asoma la historia de esa trayectoria. Muestra cómo un muchacho descubrió la literatura, la responsabilidad del escritor y el compromiso del intelectual con su sociedad y con su tiempo a través de los ensayos de Sartre y gracias a un deslumbramiento por su inteligencia. Es más: ilustra también cómo esas revelaciones ayudaron a escribir a ese muchacho y de qué manera profunda sus primeras obras están muy marcadas por esa influencia. Y, por fin, cómo todo eso entró —poco a poco— en conflicto con la experiencia diaria, tanto social y política como individual (y aquí debo precisar que Sartre me marcó no sólo en tomas de posición políticas sino en decisiones muy personales, muy íntimas: eso era, según él, el compromiso). Hasta que hubo un momento, crítico, en que Sartre declara en una entrevista a



Le Monde que los escritores africanos deberían renunciar a la literatura para hacer la revolución. Me pareció una enormidad que un hombre que tanto había creído en los poderes de la literatura llegara a esa conclusión. Ese fue un desencanto terrible. Al mismo tiempo, ese escritor que era Camus, y al que yo había leído con desconfianza e incluso con desprecio ideológico, a partir de esa fecha empieza a ser una gran ayuda y retroactivamente sus teorías comienzan a adquirir validez y vigencia. Sobre todo, su tesis de que la historia no lo es todo, que reducir los problemas a la sola experiencia social mutila al hombre.

—Justamente él sostuvo que la ideología es peligrosa porque conduce inevitablemente al fanatismo. En tu novela hay una frase del Barón de Cañabrava que tiene un eco camúsiano: “Multiplicado, el sufrimiento se vuelve abstracto. Y no es fácil conmoverse por cosas abstractas...”

—Tienes razón. Pero hay más: hay una afirmación de Camus que está en la base de mi libro. Es la que sostiene que constituye una verdadera aberración el hecho de que en un determinado momento las ideas pueden llegar a conformar una realidad mucho más importante que los hombres de carne y hueso, y que en nombre de esas ideas se pueda desembocar en el crimen, la matanza, la represión y el sacrificio de generaciones enteras. Aquí tengo que confesar que esa evolución mía me costó muchas dudas, retrocesos, confusiones y cobardías. Bueno: creo que eso somos los intelectuales del llamado Tercer Mundo. Estamos llenos de presiones y de miedos y, por otra parte, tenemos una conciencia muy aguda de las injusticias sociales, lo que no dibuja un panorama que habilite con facilidad la sensatez y el sentido común.

—Pienso que esa misma evolución te llevó a apasionarte por el libro de da Cuhna. El también se retracta de sus posiciones sobre el episodio de Canudos.

—Así es. Fue notable encontrarme con que da Cuhna, que en un primer momento es uno de los mayores responsables del clima de hostilidad y ferocidad que se crea contra los rebeldes, y eso porque predica la tesis absurda de la conspira-

ción, luego revisa y rectifica su posición. Es de ese examen de conciencia que nace *O Sertões*. Da Cuhna escribe ese libro para tratar de explicar (y de explicarse) lo que ha ocurrido, y a la vez encuentra algo mucho más complejo: el mundo americano, que no es ni indígena ni europeo sino una mezcla de ambos —y de algo más.

—Hay un tema actual que ejemplifica inmejorablemente los asuntos de que estamos hablando: la crisis polaca.

—El caso polaco ilustra de manera dramática una de las grandes imposturas de nuestro tiempo: la del socialismo encarnado en el sistema soviético o, si se quiere, en el imperio soviético. Y con respecto a ella es curioso observar que aún hay mucha resistencia a reconocerla y denunciarla, debido especialmente a una especie de rémora ética e ideológica de la que, en algún tiempo, todos hemos sido responsables en América Latina. Lo importante es señalar, de entrada, que la crisis polaca ofrece un ejemplo mucho más patético de esa impostura del que pudieron darnos Hungría o Checoslovaquia. Aquí los factores en juego son clarísimos: el movimiento de Solidaridad es obrero, de base, no tiene características intelectuales y tampoco se le puede acusar de antisovietismo. Su lucha —bueno es recordarlo— empezó con reivindicaciones estrictamente laborales: mejores condiciones de trabajo, sindicatos representativos, derechos a ejercer la crítica y acceder a la información genuina. Un Cuadro semejante de reivindicaciones tendría que ser admitido incluso en el modelo soviético o autoritario del socialismo. Pero lo que debe destacarse es que el movimiento de Solidaridad creció por que en él empezaron a tener cabida todas las aspiraciones de un pueblo y, al final, esas mismas aspiraciones se revelan en flagrante contradicción con el sistema en que vive ese pueblo. Es notable: un modelo supuestamente socialista, en el que el poder debería residir en la clase trabajadora, y en el que la propiedad de los medios de producción tendría que estar en manos de un gobierno que administra en nombre de esa misma clase, reprime con brutalidad a los trabajadores y no admite la menor disidencia ni el más leve cambio. Aparte de eso, lo que fue extraordinario en el movimiento en que pudo juzgarse según una forma ética cara a Camus: no son los fines los que deben justificar los medios sino éstos a aquéllos. Porque si examinamos cuáles fueron los métodos empleados por Solidaridad para conseguir sus objetivos, apreciamos que no fueron ni antidemocráticos ni antirrevolucionarios: la acción pacífica, la huelga, la negociación, la protesta escrita u oral. Y entonces podemos decir que esos métodos son la mejor garantía de legitimidad de Solidaridad. Que sea eso justamente lo que se reprime es la mejor prueba de que la retórica socialista es tramposa y mentirosa. Lo peor del caso es que también las reacciones de Occidente son retóricas porque sus países no se atreven a tomar medidas concretas contra los dirigentes polacos ni contra la URSS, y prefieren continuar ganando algunos dólares con su política económica. Eso demuestra que, por desgracia, Occidente no tiene hoy la convicción moral suficiente como para sacar las conclusiones prácticas de una situación semejante. Eso es trágico porque la conclusión que se extrae de ahí es que el imperialismo soviético, enfrentado a esa actitud, ganaría pacíficamente la guerra. Por fortuna, los pueblos como el polaco no están dispuestos a aceptar ese estado de cosas. La situación es paradójica: si hay alguien que va a salvarnos del totalitarismo son los pueblos sometidos a la ideología socialista y no los países supuestamente democráticos.